

HOSPITAL DE GREFA: LOS CHAMANES DE LA TRIBU

Llegan las vacaciones de verano y con ellas la posibilidad de hacer todas esas cosas que se suponen inevitablemente ligadas a la palabra vacaciones: piscina, viajes, sol, relax, descanso, ... O no, porque hay también otras maneras de emplear parte del tiempo libre extra que proporcionan los días sin trabajo. Soy consciente de que cuando te hacen la pregunta de rigor de "¿dónde vas este verano?" y contestas que a ningún sitio te expones como poco a que te miren como un bicho raro, pero a veces para pasar las mejores vacaciones y encontrarse a gusto con uno mismo no hace falta tampoco ir a buscar a miles de kilómetros de distancia. Es precisamente con esa intención que me ofrezco para ampliar durante mis semanas de vacaciones veraniegas la dedicación a mi voluntariado en GREFA.

Mis "jefes" allí, los responsables del Equipo de Rescate, me toman la palabra y como les he pedido caldo me preparan dos tazas: me ofrecen la posibilidad de colaborar en el departamento de Enfermería el lunes, martes o miércoles de mi primera semana de asueto. Y aunque no tengo nada claro en qué podría yo ayudar en el Hospital puesto que no soy veterinario, ATV, biólogo ni nada parecido, sin embargo recojo el guante y asumo al reto de ir los tres días: lunes y miércoles a jornada completa y el martes sólo en turno de mañana porque ese día no puedo quedarme por la tarde. A esas alturas yo todavía no lo imaginaba pero iban a ser tres intensos días a un ritmo de locura, y si había creído que poco podría hacer aparte de ejercer de mirón y de "pinche de cocina" pronto iba a salir de mi error.

En el Hospital el trabajo empieza a las 9:30 con la reunión de departamento dirigida siempre por alguno de sus responsables: Fernando, Laura o Irene. Tres craks, tres fueras de serie, y con Irene además un aprecio especial por distintas razones. En esa reunión se exponen los casos más relevantes, se comentan lesiones, tratamientos, intervenciones quirúrgicas y evoluciones, se revisan radiografías, fotografías y analíticas, se discuten alternativas y soluciones a historiales complicados, se repasan tareas pendientes, se organizan equipos de trabajo y se distribuyen cometidos.

En cuanto la reunión termina, manos a la obra. Todo el mundo tiene claro lo que le toca y hay mucho por hacer, así que nadie pierde un solo segundo. Empieza en ese momento una actividad febril que durará hasta más allá de las diez de la noche y que sólo se interrumpirá una hora escasa para comer. Exceptuando ese breve paréntesis serán más de 12 horas diarias de duro trabajo en las que no se para ni para las necesidades más básicas. Esto último no es una simple forma de hablar ni una exageración, es la más absoluta realidad: no bebes, no vas al baño, no fumas (los que fumen); y tampoco es que estés horas aguantándote las ganas de unas cosas o de otras, sino que no tienes tiempo siquiera de acordarte de ello y cuando te quieres dar cuenta ya son las cinco de la tarde y llega el momento de parar a comer o bien ha anochecido y estás recogiendo para terminar el turno. Es en esos momentos de parón cuando por fin eres consciente del hambre que tienes o de que llevas más de cinco horas sin visitar el aseo o de que tienes tanta sed que vas a tener que pedir que te inyecten a ti una de esos chutes de rehidratación subcutánea que los veterinarios administran a cada uno de sus pacientes deshidratados.

Mi bautismo de fuego empieza formando equipo con Laura y nuestra primera misión el lunes es atender huérfanos. En Nursería, entre los cientos de pollos y volantones que no necesitan otra cosa que ser alimentados para ir ganando fuerza y tamaño hasta valerse por sí mismos, hay sin embargo algunos otros que no han tenido tanta suerte y que precisan los cuidados adicionales del personal de enfermería. El primer paso por lo tanto es consultar los expedientes de cada uno de esos huérfanos, recopilar sus tratamientos, calcular dosis y elaborar los sueros, inyectables y preparados que habrá que administrarles. Con todo eso listo subimos corriendo a Nursería dispuestos a darle a cada pequeñín lo que le toca.

De no ser porque ya lo conozco y he estado allí otras veces creo me habría quedado en shock si fuese la primera vez que entraba en la Nursería. Aquel pequeño recinto es un mundo aparte, ocupado hasta en su más mínimo rincón por cajas y recipientes repletos de crías reclamando sus raciones de comida. Pero lo que resulta más sorprendente todavía es que esa vorágine sea un caos controlado: todo está limpio, todos los pollos reciben su ceba cuando les toca y todos y cada uno de los pacientes que vamos reclamando para ser medicados nos los localizan (uno diría incluso que milagrosamente) entre la infinidad de huéspedes que allí tienen alojados. Es evidente que todo eso no se hace solo sino que es el resultado del trabajo y del esfuerzo de los responsables del departamento y de los voluntarios que se vuelcan en esta campaña; y si yo hablaba antes de las jornadas de trabajo de 12 horas en Enfermería estoy seguro de que otro tanto o más ocurre en Nursería, puesto que las personas a las que he visto allí a primera hora de la mañana y luego trabajando sin descanso durante todo el día son los mismos a los que a las diez o las once de la noche mientras están cenando les entrego todavía en mano un pollo recién ingresado al que se le acababa de hacer la revisión. De verdad que esto de GREFA y la implicación de todo el personal que allí trabaja y colabora es para verlo.

Después de acabar con huérfanos vuelta con Laura al Hospital y a dar apoyo a Irene, Alicia, Pablo y los dos Christian en los casos de revisión y curas que hay pendientes para el día. De alguna forma voy a parar al equipo de "cigus" y paso de no haber cogido jamás en mi vida una cigüeña a manejar en un solo día a más de media docena de ellas. Terminan siendo tantas y el ritmo al que todo pasa es tan alto que al final me lío y no sabría decir cuál es cuál: una tiene cosido el patagio entero de una de las alas, otra tiene hecho un implante de piel, la de más allá tiene una herida complicada que hay que mantener bajo observación, otra más tiene fracturada la quilla, y así sucesivamente.

Mientras mantengo sujeto a cada uno de los animales sobre la mesa de exploración y el veterinario le atiende me va contando con todo detalle lo que le hace, cuáles son las lesiones y cuáles sus impresiones sobre la evolución. "Esto tiene buen aspecto, se está formando tejido de granulación", "Aquí donde se ve el hueso vamos a dar un punto de sutura", "Esta parte del injerto no ha cogido pero ha ayudado a proteger lo de debajo", "Toda esta fibrina la vamos a retirar", "Esa herida está cicatrizando muy bien y tiene buen color; las cigüeñas son unas máquinas en lo que a recuperación se refiere" ... Yo me sorprendo (y agradezco mucho) que se tomen tantas molestias conmigo, porque al fin y al cabo no estoy aquí más que de paso y lo más fácil sería considerarme "carne de cañón" que pueda echarles una mano de manera puntual y a quien no tuvieran por qué darle mayores explicaciones. Así pues les doy a todos ellos las gracias por esto (una razón más para dárselas aparte de otras muchas).

Además no sólo hay que preocuparse por curar sus heridas, sino que cuando vuelven las cigüeñas a la muda tienen que tener renovada su comida: tenemos que haber recogido la del día anterior y recontado lo que han comido, a la vez que preparado y repuesto la de las siguientes 24 horas.

En todo momento esto es un no parar y ninguna de las mesas de exploración está desocupada durante mucho rato, sólo el tiempo justo para llevarse un animal y traer al siguiente. Mientras yo ayudo en lo que puedo y estoy en una de las mesas por la otra veo que van pasando otros casos, desde un águila perdicera que no se sabe por qué razón está perdiendo las plumas hasta un cernícalo al que se anestesia para tratar de alinearle la fractura en una de sus alas. Y como siempre no son sólo aves las que por aquí pasan, sino que nos toca también entre otros la revisión y cura de un erizo atravesado por la mordedura de un perro. Al mismo tiempo alguien debe estar haciendo admisiones, pero ni siquiera sabría decir quién se está ocupando de ello porque estamos cada uno tan metidos en lo nuestro que muchas veces no sabemos lo que está pasando al lado.

La jornada termina con la limpieza y desinfección de mudas. Agua, detergente, espátula, cepillo y estropajo utilizados a conciencia y rematado todo ello por una buena rociada de desinfectante hará que las mudas de UCI y de Observación que han quedado desocupadas queden en perfecto estado de revista para poder ser utilizadas al día siguiente.

Son las 22:30 cuando me quito la bata dispuesto por fin a marcharme a casa para darme una buena ducha y meterme en la cama. No soy sin embargo el último en irme, puesto que allí quedan todavía Christian en el lavadero fregando cacharros e Irene en Enfermería pasando la aspiradora y fregando. Me quedan dos días por delante y lo único que soy capaz de pensar es que no entiendo cómo ellos pueden aguantar este ritmo de forma habitual y no caer redondos.

El martes me toca formar equipo con Jessica, aunque esta vez mi aportación será más limitada porque no podré quedarme más allá de las dos de la tarde. Hasta esa hora seguimos en la misma línea del día anterior: reunión de departamento, organización del trabajo y puesta en marcha del engranaje diario. Repetimos Jessica y yo mayormente con el mundo cigus. Pero mi parte del trabajo es fácil mientras que a ella como siempre le queda la difícil papeleta del veterinario de limpiar heridas, valorar estados y colocar vendajes y apósitos de forma que el animal luego no pueda quitárselos (y sabiendo casi siempre de antemano que esta será una batalla perdida). Jessi sigue enseñándome un montón de cosas igual que sus compañeros hicieron el día anterior: "Mira, toca aquí; eso es el esófago. ¿Notas esas bolitas?; son las pastillas que acabamos de meterle y ahora hay que bajárselas hasta aquí para asegurarse que no las eche. Y cuando a continuación la sondemos para alimentarla hay que calcular la longitud del tubo de esta forma y meterlo así".

Mientras nosotros vamos y venimos Fernando se ocupa en Quirófano y en Enfermería de algunos casos especialmente complicados. Tiene la operación de una lechuza, la revisión de un buitre negro que perdió una de sus garras y le queda sólo el muñón, y otra revisión de una cigüeña con inmovilización del hueso fracturado de una de sus patas.

Algunos casos que ya de por sí son complejos se embrollan todavía más y ponen a prueba los conocimientos y la pericia del equipo: una de las cigüeñas por ejemplo se empeña en ponerlo

difícil y por si le parecía poco tener recosido el patagio del ala izquierda además de otras varias heridas y lesiones resulta que ahora no se pone en pie sin que se sepa el motivo. El ave cada vez tiene peor aspecto y una de las patas la mantiene en una posición extraña, pero las radiografías que se le hacen no muestran nada anormal. A los vetes les toca romperse la cabeza para tratar de encontrar una explicación, y en la reunión de la mañana siguiente (no me preguntéis de dónde sacaron el tiempo para poder hacerlo) ya ponían encima de la mesa una nueva interpretación de todos los datos disponibles y una estrategia para abordar el problema.

En fin, me voy el martes a las dos y media con la sensación de que les dejo bajo mínimos. Y aunque tengo la tarde liada con consultas médicas no puedo dejar de pensar qué tal se estarán apañando los que allí se han quedado. Siento no poder estar en ese momento echándoles un cable, pero en todo caso eso se arregla rápido porque el miércoles a las 9:30 ya estamos otra vez al pie del cañón.

Esta vez me toca formar tándem con Nerea mientras que Marina y David forman un segundo equipo, e Irene, Laura y Fernando reparten su sabiduría y su experiencia donde más se necesitan en cada momento.

Si el lunes y el martes me había tocado en mayor medida huérfanos y pacientes de UCI y observación, el miércoles con Nerea nos íbamos a hartar de hacer admisiones. Mientras que yo hasta ahora conocía la cara de esos ingresos desde el punto de vista de Recepción, es decir, desde que el animal se recibe en el centro, se le identifica, se le hace la ficha y se le baja al cuarto de admisión, ahora iba a descubrir lo que ocurría a partir del momento en que el personal de enfermería se hace cargo de esa admisión. Y como además estamos en plena época punta lo iba a conocer en todo su apogeo: no sabría decir la cantidad de vencejos que revisamos (¿10, 15, 20, ...?), el número de gorriones, de palomas torcaces, de urracas; sólo sé que fuera del cuarto de admisión se van acumulando cajas y más cajas de cada uno de los animales que atendemos y llega un momento en que allí no cabe ya más cartón amontonado. Es una auténtica locura. Aun así Nerea no pierde la paciencia y es meticulosa en la exploración de todos y cada uno de los animales que vamos cogiendo; sigue el protocolo al pie de la letra y no se desespera al ver que cada vez que conseguimos empezar a vaciar la sala de admisión vuelve a llenarse con más cajas de las que antes había. Sin inmutarse ella sigue a lo suyo: control de peso, estado de deshidratación y desnutrición, palpación de las extremidades anteriores, luego las posteriores, cabeza, oídos, ojos, pico/boca, y así uno detrás de otro. "Sujétamelo así", "Dame ahora esa pata", "Ya puedes subir a estos a huérfanos", "Llévalos este otro, pero dales el número de expediente y diles que lleva pauta de rehidratación", "A este le llora el ojo así que vamos a tinter a ver si tiene úlcera". Yo simplemente alucino viéndoles trabajar; es increíble la forma en que manejan a los bichos estos chavales (dicho lo de chavales con todo el cariño porque a la mayoría de ellos les doblo la edad), cómo son capaces de palpar los huesos de algo tan diminuto como un avión o un agateador, cómo pueden colocar en posición de hacerle una placa de rayos algo tan pequeño como un petirrojo, cómo tienen la imaginación para idear la forma de inmovilizar con esparadrapo la pata rota de un vencejo o cómo tienen el pulso y la habilidad para sujetar con dos minúsculas tiras y pegamento la punta rota del pico de un pichón de torcaz. Por ver todas esas cosas y muchas otras puedo asegurar que vale la pena pasar aunque sea un solo día en Enfermería si se tiene la oportunidad.

Entre medias de tanta admisión tenemos que encajar también como podemos el reptilario. No sólo porque han entrado tres tortugas moras que hay que chequear y ubicar sino también porque toca hacer el seguimiento y alimentar a algunos otros galápagos de los que están ingresados. Vuelta luego al cuarto de admisiones para comprobar lo que ya sabíamos: ha aumentado de nuevo el número de cajas y casi no caben en los estantes, se diría que se reproduciesen por generación espontánea; pero no, vemos aparecer por allí a David y a Rafa cargados con más material y eso no confirma que son ellos los “culpables”. A pesar del jaleo y del trajín generalizado que reina en la Enfermería hay un segundo de interrupción y de calma cuando llegamos con dos pollos de cernícalo que acaban entrar y todo el mundo se reúne alrededor de esas dos increíbles bolas de plumón. Es sólo un mínimo e ilusionante respiro antes de seguir con el trabajo a destajo.

Hay que tomar además decisiones difíciles, y la más difícil de todas es sin duda la de tener que eutanasiar a un animal. He intentado contar hasta aquí cómo transcurre un día en el Hospital tal como yo lo viví: el ritmo y el volumen de trabajo, la duración de la jornada, la complejidad de algunos casos, los imprevistos, las cosas desagradables (sí, no nos vamos a engañar, también las hay ... ¡¡incluso asquerosas!!), pero a pesar de todo eso el único momento en que yo vi torcer el gesto a los veterinarios fue cuando tenían que aplicar la eutanasia. Me gustaría que lo que yo vi a lo largo de esos tres días pudieran verlo todos aquellos que a veces ponen en duda lo que se va a intentar hacer por un animal que han llevado al centro de GREFA, o que cuestionan los criterios que se puedan aplicar para decidir la posible eutanasia de un animal, pero ya que la mayoría de ellos no tendrán nunca la suerte que yo he tenido me quedo con una frase que dijo Laura cuando le preguntaron qué hacer con un volantón por cuya supervivencia nadie apostaba un céntimo después de haberle explorado: “Si ha llegado hasta aquí tenemos que darle una oportunidad”. Para mí es el mejor ejemplo y resume a la perfección el espíritu de este fantástico equipo.

Además, como me dice Nerea, esas tristes eutanasias que no ha quedado más remedio que aplicar las compensamos con las liberaciones de otros animales a los que se ha conseguido recuperar o que se ha comprobado que estaban sanos en el momento del ingreso: tres ranas que pasan a formar parte de la charca de anfibios, cuatro galápagos liberados en la charca de leprosos, dos vencejos que echan a volar con normalidad en cuanto se les da la altura mínima suficiente para el despegue y una cigüeña. Unos compensan a los otros, tenemos el marcador a cero. Ahora hay que seguir trabajando para conseguir ponerlo en positivo.

Madrid, a 25 de junio de 2015

Miguel Marco Mommens